

ISBN-13: 978-987-27772-2-5

Título: Actas del I Encuentro Latinoamericano de Investigadores sobre Cuerpos y Corporalidades en las Culturas

Editorial: Investigaciones en Artes Escénicas y Performáticas

Edición: 1a Ed.

Fecha publicación: 8/2012



Esta obra está bajo una [Licencia Creative Commons Atribución-CompartirIgual 3.0 Unported](https://creativecommons.org/licenses/by-sa/3.0/).

Economías de la información en un campo con militares y policías

Edinso Culma Vargas¹

Resumen

En el marco de mi investigación de tesis de maestría “Construcción y acceso al Estado local en Colombia: Fuerzas Armadas y economías morales en Leguízamo (Putumayo)”, el “campo” me demandó una serie de modulaciones emocionales, éticas y corporales. La concepción y las prácticas de seguridad manejadas por las Fuerzas Armadas (Fuerzas Militares y Policía) en Colombia y la militarización de la vida civil en el contexto local que etnografié (Leguízamo, Dic2011-Abr2012) me permitieron reflexionar sobre “las economías de la información” puestas en marcha en estos contextos por el investigador y por las instituciones investigadas. En esta ponencia me propongo abordar las gestualidades, posturas, discursos, silencios y, en últimas, “identidades”, que asumí en condición de investigador en un “campo con militares y policías” y por los mismos militares y policías para ocultar, opacar y/o conseguir “información relevante”.

No es suficiente ser nativo y estar implicado

Puerto Leguízamo y La Tagua son dos pueblos que actualmente pertenecen al municipio de Leguízamo, departamento de Putumayo (Colombia). Desde el Conflicto Colombo-peruano (1932-1934)² la presencia y la intervención de las Fuerzas Armadas en el territorio y la población de Puerto Leguízamo y La Tagua han sido permanentes, sistemáticas y han tenido mayor efectividad en comparación a la acción de las instituciones cívicas del Estado como son los entes territoriales (alcaldía y gobernación, por ejemplo). Esto ha generado que el proceso local de construcción del Estado se haya conformado, en gran medida, a partir de los valores y procedimientos de las instituciones castrenses y que la porción más grande del aparato estatal y burocrático a

¹ Sociólogo de la Universidad Nacional de Colombia y Maestro en Antropología (C) de FLACSO, Sede Ecuador.

² El Conflicto Colombo-peruano fue un conflicto bélico y diplomático que tuvo su origen en la falta de definición y reconocimiento bilateral de las fronteras entre Colombia y Perú, lo cual había dado pie, desde mediados del siglo XIX, a múltiples incursiones comerciales y militares de ciudadanos, militares y funcionarios de ambos países sobre territorios que consideraban propios. En 1932 estas situaciones fueron difíciles de evadir o solucionar por vías no militares. En el caso de Colombia, esto dio origen al establecimiento de destacamentos militares permanentes en la zona de litigio: Caucayá (actual Puerto Leguízamo), Puerto Ospina, La Tagua y Leticia.

nivel local tenga como titulares a las Fuerzas Armadas. En ese escenario el acceso a los diferentes recursos del Estado local depende de la interacción y negociación que los habitantes de estos pueblos sostengan con las Fuerzas Armadas. Teniendo en cuenta dicho contexto, el objetivo de mi investigación ha sido historizar y etnografiar el proceso de construcción del Estado local en Puerto Leguízamo y La Tagua y las estrategias que han construido y usado los habitantes de esos dos pueblos para acceder a ese estado. Estrategias que, debido a su carácter particularista, las he abordado desde la categoría de *economía moral*.³

A pesar de ser ‘nativo’ y estar directamente implicado en el objeto de estudio que investigo⁴, olvidé las posibles situaciones tensas o problemáticas del campo o simplemente no pude prever muchas de ellas. Después de siete años de no haber vivido de manera permanente en estos lugares y de dos años de ni siquiera visitarlos, llevé a cabo un trabajo de campo de cuatro meses (diciembre de 2011-marzo de 2012). Muy seguramente esto influyó en que mi planeación inicial del trabajo, que había hecho meses atrás, se cimentara en premisas metodológicas difíciles de sostener en el campo.

Las relaciones de parentesco y amistad que me unen con varios empleados civiles y militares de las Fuerzas Armada (activos, pensionados o en retiro), muchos de ellos que trabajan o han trabajado en las unidades de La Tagua y Puerto Leguízamo, me permitieron creer que tenía posibilidades reales de acceder no sólo a sus relatos de sus experiencias vitales sino también a los mandos encargados de autorizar mi ingreso a los archivos institucionales. También confiaba en que el “clima” general de desconfianza y paranoia, reinante en las relaciones cívico-militares en el Bajo Putumayo, estuviera aminorado en los pueblos de La Tagua y Puerto Leguízamo debido a la “paz” que

³ La economía moral es un instrumento para el análisis social y político que permite abordar las nociones de justicia particulares y los pactos morales que ellas fundan en o entre sectores sociales subalternos y/o dominadores; pactos morales que, por provenir de las instituciones de la esfera privada como el parentesco, se oponen a la acción de la opinión pública y la esfera pública en el caso del Estado o a las lógicas de la maximización del beneficio en el caso del Mercado, sin estar por ello fuera de la modernidad. Definición con la que pretendo sintetizar los aportes de Thompson (1979), Scott (2000), Brocheux (1983), Appadurai (1984), Bohstedt (1992), Booth (1993), Figueroa (2009) y Clay (2011).

⁴ □ Cuando digo que soy ‘nativo’ me refiero a que nací en La Tagua, viví mi niñez y adolescencia en La Tagua y Puerto Leguízamo y gran parte de familia materna y paterna ha vivido desde los años de 1940 en estos dos pueblos. Cuando digo que estoy implicado en el objeto de estudio que investigo me refiero al hecho de que mi familia puede ser un ‘claro’ ejemplo de acceso a los recursos del Estado local en La Tagua y Puerto Leguízamo a partir de las relaciones de parentesco con los integrantes de las Fuerzas Armadas.

implicaba la presencia hegemónica que sobre sus territorios habían construido las Fuerzas Militares y la Policía desde el Conflicto Colombo-peruano.

Presentar el cuerpo y compartir historias⁵

¿Qué, para quién y en qué situaciones los empleados civiles o militares de las Fuerzas Armadas y sus familiares pueden conceder una entrevista o permitir el acceso a documentos a personas que no están vinculadas laboralmente a la institución o que, teniendo esa vinculación, su trabajo específico no les autoriza acceder a determinados documentos o hacer determinadas preguntas? ¿Qué, a quién, en qué situaciones y de qué manera las personas que no estamos vinculadas laboralmente con las Fuerzas Armadas solicitamos a sus empleados civiles o militares y a sus familiares entrevistas o acceso a documentos oficiales?, y ¿de qué manera portamos nuestro cuerpo, elaboramos las preguntas, los comentarios, las respuestas, nuestras presentaciones personales dirigidos a ellos de tal manera que generen un ambiente mínimo de confianza para llevar a cabo una investigación que involucre a dichas instituciones? Estas fueron las cuestiones que definieron en mi trabajo de campo las formas en que mis interlocutores y yo administrábamos o economizábamos la información y nuestras identidades, atendiendo las demandas del conflicto armado interno en una región considerada *Zona Roja*.⁶

A continuación sólo me centraré en las economías de la información que se pusieron en marcha cuando nos relacionamos los policías, los militares y yo. Dejo por fuera del análisis a las economías de la información que observé en las interacciones que tuvimos los empleados civiles de las Fuerzas Armadas, los familiares de los policías y militares y yo.

Sin saber de la organización y el estado real de los documentos y archivos oficiales de las Fuerzas Armadas en Puerto Leguísimo y La Tagua, en una conversación

⁵ Cuando hablo de *Cuerpo* doy por supuesta la máxima constructivista y posestructuralista según la cual el cuerpo no es *un dato* con significados unívocos. Por eso cuando digo *mi* y *nuestro cuerpo* no parto de la ingenuidad posmoderna del yo individual e independiente que se enfrenta al mundo y que olvida la historicidad de quien enuncia, sino más bien desde la autoría planteada por Foucault; para Foucault el Autor no es “[...] el individuo que habla y que ha pronunciado o escrito un texto, sino [...] [el] principio de agrupación del discurso [...]” (Foucault, 1999: 30).

⁶ *Zona Roja* es un término militar de uso oficial para denominar a las regiones o localidades del país consideradas zonas de guerra, donde el monopolio de la fuerza del Estado está fuertemente discutido, debido a las múltiples y permanentes acciones militares (combates, emboscadas...) de grupos armados irregulares de guerrillas, paramilitares o ‘delincuencia común’. Aunque el volumen de las acciones militares de esos grupos en Puerto Leguísimo y La Tagua sea bajo en relación con las regiones circundantes (Bajo Putumayo y zona rural y de selva del municipio de Leguísimo) estos pueblos son considerados como territorios de zona roja.

informal le comenté a una empleada civil del Ejército de mi confianza que yo estaba interesado en acceder a los documentos del archivo del Batallón (BISEL 49 con mando en La Tagua). Después de girar su mirada y sonreír irónicamente, ella me dijo que eso no era tan fácil como hacer una solicitud, pues en dicho archivo reposaban la documentación “del Dos” y “del Tres”, dependencias encargadas de la Inteligencia y Contrainteligencia y de las Operaciones militares, respectivamente. Si yo no hubiera sostenido esta conversación, no me hubiera enterado de que la palabra *archivo* para los militares estaba signada por la reserva. Sin esa advertencia mi noción del archivo vaga, ingenua y presumida de neutral, me hubiera llevado a romper cualquier promesa de prudencia en el campo. Esto es importante si tenemos en cuenta que las diversas posiciones (y responsabilidades) que ocupan las Fuerzas Armadas en el contexto actual colombiano, de violencia política y conflicto armado interno, se configuran como escenarios de desconfianza y sospecha para cualquier ejercicio de *investigación social* sobre Fuerzas Armadas que se haga sin autorización o dirección de ellas.

Aunque con esto no pretendo negar la existencia de mucha información producida en esas dependencias que me hubieran ayudado a construir un relato más coherente sobre las cuestiones planteadas en mi tesis, sí quiero subrayar el hecho de que esta conversación permitió que yo restringiera el uso de la palabra *archivo* en el momento de solicitarle a los militares el acceso a documentos institucionales.

Teniendo la certeza de que el archivo del Batallón era un espacio vedado para mí, la empleada mencionada me propuso que gestionara el acceso a documentos “del Cinco”, dependencia que por estar encargada de manejar la imagen pública del Ejército ante la población civil, se presumía que sus documentos eran de libre consulta.

Con esas claridades iniciales decidí solicitarles entrevistas al teniente coronel, comandante del Batallón de Infantería de Selva Nro. 49 (con mando en La Tagua) y al capitán de navío, jefe del estado mayor de la Fuerza Naval del Sur (con mando en Puerto Leguízamo). Jugando con lo que Osorio (2006) ha denominado las nefastas “alianzas imputadas” hacia el investigador⁷, en los oficios que hice llegar a los despachos de los comandantes mencionados no usé la palabra *archivo* y dije que estaba

⁷ “Nuestra profesión y las temáticas de trabajo que nos producen orgullo académico son interpretadas de diversas maneras por los otros [...]. En un clima de temor tan grande como el actual, en el que cualquier tema o actitud puede relacionarse con la amenaza mundial llamada terrorismo, la primera carta de presentación que consiste en explicar qué hacemos, puede llevarnos a una categoría de alianzas imputadas, con un enorme perjuicio.” (Osorio, 2006: 34).

interesado en la “historia” de las Fuerzas Armadas en el municipio en la medida en que ella me ayudaba a explicar la ‘historia social’ del municipio en su totalidad, dando así por hecho que esta última era el objeto central de mi investigación y no otra cosa. Aunque debía presentar mis credenciales académicas para darle sentido a mis demandas, sabía de lo contraproducente que esto podría llegar a ser; el perfil académico de quien estaba intentando averiguar la historia de las Fuerzas Armadas era el de un sociólogo de la Universidad Nacional de Colombia⁸, que había estudiado antropología en Ecuador⁹. Debía prepararme emocionalmente para que mi cara, mi voz y mis palabras respondieran de la mejor manera ante los militares que posiblemente iban a insinuar o afirmar que yo era guerrillero, como muchas veces familiares y amigos habían bromeado.

Mientras esperaba alguna notificación de esos despachos, planeaba mi presentación ante ellos. Busqué cuadrar cualquier detalle de mi aspecto físico que pudiera ser mal evaluado. Me corté el pelo lo más bajo que soporté, inventarié mi ropa y mis zapatos para hacer una lista de posibles “mudas”. Mi apuesta era por la formalidad; por los colores opacos, los pantalones de tela, los zapatos de cuero. Con la ropa y los zapatos empezaba el acto de portar mi mulato, desgarrado y, muchas veces, afeminado cuerpo ante los militares que quería entrevistar y de los cuales buscaba las autorizaciones para acceder a los documentos oficiales. De forma parecida como muchos campesinos en el país han tenido que certificar en *puestos de control* militar y paramilitar que no son guerrilleros dejando de portar botas de caucho negro, el pelo largo y la barba espesa¹⁰, mi indumentaria era un aspecto más con el cual yo certificaría

⁸ *Alma mater* que carga con el estigma de ser formadora de guerrilleros desde los tiempos del cura Camilo Torres. Camilo Torres, cura y sociólogo, militante de Teología de la Liberación, después de ser auxiliar del capellán de la Universidad Nacional de Colombia (Bogotá) y de fundar, junto a Orlando Fals Borda, la Facultad de Sociología en la misma universidad, en 1965 ingresa a las filas del Ejército de Liberación Nacional (ELN) e invita a la juventud universitaria a seguirlo. Esta invitación tiene mucha acogida. Actualmente el campus de la Universidad Nacional de Colombia, así como de otras universidades públicas del país, es objeto de expresiones abiertas de apoyo y militancia en las guerrillas del ELN y las FARC (Movimiento Bolivariano).

⁹ Un sector amplio de la opinión pública colombiana considera que el actual gobierno ecuatoriano es indulgente con las FARC, debido a que el control que las fuerzas militares ecuatorianas llevan a cabo en la frontera no ha mostrado ser efectivo a la hora de restringir el paso de combatientes de este grupo guerrillero al territorio ecuatoriano. Con base en este presupuesto, la administración de Uribe Vélez justificó la incursión de las Fuerzas Armadas colombianas en el territorio ecuatoriano que dio muerte a Raúl Reyes en marzo de 2008.

¹⁰ La prohibición del uso de botas de caucho se justifica en situaciones como las siguientes. En los Montes de María, norte de Colombia: “Luego de la primera ejecución, los paramilitares se acercaron a los hombres [...] Les hicieron quitar los zapatos y las camisas, buscando marcas en el cuerpo que sirvieran

mi identidad de civil, de familiar y amigo de empleados de las Fuerzas Armadas y no afín a los grupos guerrilleros o criminales.

Me cuestioné si era importante o estúpido preocuparme por los detalles de la ropa, los zapatos y mi pelo. Lo cierto era que pasaría primero por paranoico antes que por descuidado¹¹. Luego pensé que otros elementos que debía modular para lograr una imagen “adecuada” ante mis interlocutores eran mis formas de sentarme, tomar un café, ver a hombres que me parecían atractivos y exclamar algunas expresiones que podrían ser interpretadas como afeminadas. Mientras pensaba esto caí en cuenta que mi cuerpo ya estaba acoplado a tal demanda. Recordé que durante esos días que había permanecido en La Tagua y en Puerto Leguízamo ya no me sentaba con las piernas cruzadas, cogía todos los recipientes con cierta tosquedad, en la calle mis miradas hacía los hombres eran más oblicuas que de costumbre y reprimía cualquier comentario sobre la belleza de algo o alguien. Como diría Lande (2007: 96) había ajustado mis “estructuras corporales” a las “estructuras sociales”; desde el quince de diciembre que había llegado a Puerto Leguízamo mi cuerpo había cambiado ciertas maneras de performar su masculinidad. No era la misma masculinidad que se expresaba en Quito entre compañeros de estudio, sino otra que pretendía acoplarse de la mejor manera a las expectativas de familiares, amigos de infancia, policías y militares en un contexto evidentemente militarizado. Tal cambio era corporal no lógico (Lande, 2007: 100), es decir, no fui consciente de esto sino hasta unas tres semanas después de mi llegada al campo, cuando me hallaba inventariando mi ropa y mis zapatos.¹²

Lo anterior es cierto si acordamos con Bourdieu que toda práctica humana no opera bajo el cálculo racional del *homo economicus* sino por el funcionamiento de las disposiciones no conscientes de los agentes, producto de subjetivaciones e incorporaciones de estructuras objetivas; esto es, a través del habitus, el cual se define como un “[...] sistema de disposiciones adquiridas por medio del aprendizaje implícito

como indicios de que eran combatientes, en tanto ocasionadas por la carga de equipos de campaña, así como ausencia de vello en las canillas por el uso permanente de botas.” (GMH-CNRR, 2009: 48). El sur del país: en el control paramilitar de La Hormiga y Puerto Asís (Putumayo, 1997-2006) los paramilitares restringieron, además de lo ya mencionado, el uso de prendas de vestir negras y el porte de camisas por fuera de pantalón en los varones (comunicaciones personales con un poblador).

¹¹ “Al igual que para el resto de los colombianos, no es fácil reconocer el límite entre las amenazas posibles y los hechos inminentes. Al evitar caer en la paranoia, subestimamos el peligro.” (Osorio, 2006: 36)

¹² En un análisis retrospectivo me he dado cuenta que esto mismo pasaba mientras cursaba mi pregrado en Bogotá, cuando iba de vacaciones a La Tagua y a Puerto Leguízamo.

o explícito que funciona como un sistema de esquemas generadores, genera estrategias que pueden estar objetivamente conforme con los intereses objetivos de sus autores sin haber sido concebidas expresamente con este fin.” (Bourdieu, 2002: 126).

Pese a toda mi preparación, consciente o no, no pude entrevistarme con esos comandantes. El teniente coronel nunca dio respuesta a mi solicitud y el capitán me respondió en mayo, casi dos meses después de haberme devuelto a Quito. En todo caso, mientras duró mi trabajo de campo, no me fue posible acceder a los documentos oficiales del BISEL 49 ni pude entrevistar a ningún militar activo del mismo batallón. Logré una entrevista a profundidad con un sargento viceprimero en *uso de retiro* que perteneció a la Escuela Técnica de Colonización Militar, la unidad que precedió al BISEL 49 en La Tagua.

En el caso de Puerto Leguizamo, me entrevisté con la directora del Departamento Nro. 5 de la Fuerza Naval del Sur, la teniente de fragata Mora, quien había sido autorizada por el despacho del Estado Mayor de dicha unidad. El poco tiempo que trabajé en ese departamento estuve “acompañado” y asesorado por un subalterno de Mora. Además tuve que interactuar con los militares que estaban de guardia en la entrada de la Base Naval. Entrevisté también a un par de militares en *uso de retiro* que brindaron sus servicios a la Fuerza Naval del Sur; uno como suboficial de la Infantería de Marina y el otro como suboficial Naval.

Voy hablar primero de lo que percibí en mis interacciones con los militares en retiro. *Don Cardona*, como es comúnmente conocido en La Tagua, es un sargento viceprimero del Ejército en uso de retiro. Llegó a esta región a finales de los ochenta en calidad de militar colonizador y se radicó, junto con su esposa y sus hijos, en la zona rural que la Escuela de Colonización Militar denominó Núcleo Santander. A principios de los noventa, y habiendo cumplido el tiempo de servicio en el Ejército, se trasladó a la zona urbana de La Tagua. Allí continuó con el trabajo comunitario que había iniciado en Santander como presidente de la Junta de Acción Comunal, llegando a ocupar el cargo de corregidor y posteriormente de concejal municipal en representación del corregimiento de La Tagua. Don Cardona accedió fácilmente a mi solicitud de entrevista. A él también le dije que estaba haciendo una “historia social del municipio”, pero a diferencia de los comandantes del batallón y la base, le dije que dicha historia estaba centrada en “historias familiares” como la de él. Pese a que mi relación con Don Cardona no había sobrepasado hasta ese momento el saludo cortés, cuando asistí a su

casa para entrevistarlo tenía la certeza de que me iba a encontrar con un vecino del pueblo, a quien yo recordaba desde muy niño. En ese sentido, mi presentación personal ya estaba afectada por una historia común de vecindad, más que por un aspecto físico compuesto por ropa, zapatos y un corte de pelo preparados “a última hora”.

Durante la entrevista Don Cardona estuvo más interesado en hablarme de la vida política del municipio y del departamento y de su desempeño en ella. Las veces que le pregunté sobre su trayectoria militar, él la resumía con pocas palabras para volverse a centrar en sus denuncias sobre la politiquería y la corrupción en la administración pública o sobre las cosas que teníamos que hacer los jóvenes como yo para “hacer progresar” el municipio. Cuando le hice preguntas relacionadas con el “orden público” en el municipio, calculé que la dirección de mi cara y mi mirada estuvieran apuntando a cualquier lugar del patio de la casa. Con esto simulaba desinterés; hacía como quien formula una “pregunta de relleno”, la cual da tiempo para organizar mentalmente la siguiente que se presume realmente importante. De su parte sólo recibí frases prudentes con las que afirmaba que Puerto Leguízamo y La Tagua eran los pueblos más pacíficos del país.

Don Teodoro es un sargento mayor en retiro de la Infantería de Marina que vive en La Tagua. En 1952, con trece años de edad, él y su familia hicieron parte del grupo de civiles que llegaron a este pueblo huyéndole a la “violencia bipartidista” que empezaba a tomarse a San Vicente del Caguán. En 1959 inicia su carrera militar como suboficial de la Infantería de Marina, después de haber sido empleado de Navenal (naviera comercial de la Armada Nacional) y haber prestado el servicio militar obligatorio como infante de Marina.

Don Teodoro no sólo aceptó ser uno de mis interlocutores en una entrevista ¹³, sino que también aceptó presentarme ante los militares encargados del Departamento Nro. 5 de la Fuerza Naval del Sur. Tampoco era la primera vez que me ayudaba con un proyecto como éste; hacía dos años él había escrito para una revista que yo ayudaba

¹³ Prefiero reemplazar la palabra informante por interlocutor y no sólo por pretender parecer políticamente correcto; como la noción de archivo, la noción de informante tiene una carga negativa muy fuerte en el campo en el que trabajé. La política de Seguridad Democrática, inaugurada por Uribe Vélez, sirvió como marco para lanzar el programa *Red de Informantes*. Con este programa el ejecutivo pretendía derrotar al “terrorismo y la delincuencia común” recompensando con dinero su delación. Sin entrar a discutir los logros que registra la cartera de Defensa, hay que decir que esto ha quebrantado aún más las frágiles relaciones de confianza y solidaridad entre vecinos, familiares y amigos en todo el país y, particularmente, en las regiones de provincia donde son permanentes los enfrentamientos entre las Fuerzas Armadas, los narcotraficantes, paramilitares y guerrillas.

editar. Confía en mí, eso me dio a entender cuando le dijo a un subalterno de la teniente Mora “yo lo conozco desde que andaba en calzoncillos, mocoso y cagao”. Creo que su confianza tiene como respaldo el hecho de que mis abuelos maternos también hicieron parte, como él y su familia, de la diáspora sanvicentina. Confía en mí porque vio crecer a mi madre y conoce a mi padre y porque ha idealizado mi ascenso social como un logro personal, de mero esfuerzo individual. Con esa misma confianza, me dijo sin tapujos que debía cortarme más el pelo, peinarme y embolar los zapatos para estar presentable ante el personal del Cinco.

En mi adolescencia conocí a *Don Tito* como locutor de radio en la emisora comunitaria que administran los curas en Puerto Leguízamo. La primera vez que lo saludé me lo presentó una profesora, amiga suya. Cuando pensé en mis posibles entrevistados, él apareció como una opción remota. El día que Don Teodoro me llevó a las oficinas del Departamento Nro. 5 de la Fuerza Naval, Don Tito llegó allá a solicitar un servicio. Ese día me enteré que él era jefe técnico naval en uso de retiro cuando nos dijo que no iba a utilizar el uniforme que el Comando había comprado para que los “reservistas” utilizaran el día de la conmemoración de la Batalla de Güepí (Conflicto Colombo-Peruano). Justificó esta decisión diciendo que para él era más importante estar “cubriendo la noticia” ese día, que estar haciendo labores que sólo les correspondía a los militares activos. De esa manera se convirtió en uno de mis entrevistados.

Cuando me dirigí a su casa estaba seguro que no me iba a negar la entrevista. Tenía la certeza de que me enfrentaba a un locutor y periodista, más que a un militar; a una persona que privilegiaba la noticia “por encima del uniforme”. Confiaba en que él estaba muy familiarizado con ese tipo de ejercicios y que iba a tener menos prevención que cualquiera de mis otros interlocutores. Después de darle la misma explicación que le había dado a Don Cardona, él no tuvo problema en hacerme seguir a su casa, ordenarle a su esposa que me diera un tinto y disponerse a responder mis preguntas. Se escandalizó cuando yo le dije que lo que quería era tener una conversación con él y no una entrevista con un libreto de preguntas exactas. En el transcurso de la conversación me fui dando cuenta que era posible preguntarle por todos los temas que me interesaban: el orden público, el papel de las Fuerzas Armadas en la historia del municipio, las relaciones entre civiles y militares y las formas de ascender socialmente en las instituciones militares.

Me enteré que él había llegado a Puerto Leguízamo desde el departamento de Nariño cuando apenas era un niño, a finales de los años cincuenta; cuando su padre había sido contratado como empleado civil en la Base Naval. Su historia personal y familiar era muy parecida a la mía o la mía a la de él. Algunos de sus hermanos varones se habían vinculado como militares y sus hermanas eran esposas de militares. Gracias a ello, él había estudiado su secundaria en Cartagena y había entrado a la Escuela Naval de Suboficiales en Barranquilla¹⁴. Esto me había generado una situación de empatía y comodidad tan grande que no estuve preparado emocional y facialmente para cuando me afirmó que él no recomendaba a las escuelas de formación naval a jóvenes que tuvieran “inclinaciones homosexuales”. Mi mueca de desagrado debió ser evidente porque él sostuvo su mirada en mi cara y yo cambié la dirección de la mía, intentando pensar en las justificaciones de sus palabras.

De mis interacciones con los militares retirados puedo concluir que nunca me enfrente a tales. A ellos nunca los había visto uniformados o dirigiendo tropas y ejercicios marciales. Siempre los había asumido como vecinos y civiles. Nunca como personas externas o advenedizas, como se asumen normalmente a los militares y policías activos que están de paso por estos pueblos y que vienen del interior y el norte del país.

Comportar un cuerpo no enemigo

Entrevistar a militares activos significa entrar a las instalaciones de sus unidades. Pero este acto de entrar está lejos de ser una acción cualquiera. Debido a las demandas de seguridad que les exige el conflicto armado interno en Colombia y particularmente en Putumayo, las Fuerzas Armadas han desarrollado “tendencias corporativistas” que hacen que cada vez más todas las relaciones y necesidades de los militares activos tiendan a ser satisfechas en los entornos cerrados de los batallones y las bases (Borrero, 1991: 190)¹⁵. Esto ha generado que en La Tagua y en Puerto Leguízamo los cercos, las mallas y las barricadas que separan al batallón y a la base “del resto”, sean los mojones que les indican a los pobladores dónde inician los “otros pueblos”, los de los militares;

¹⁴ Como él, yo estuve haciendo un año de secundaria en Cartagena y vivía allá con una hermana que es esposa de un suboficial naval. Aunque yo nunca llegué a ser militar y mis padres no eran procedentes de Nariño.

¹⁵ “Los grupos de referencia, las diversiones, la educación, la seguridad social, la vivienda, todo ocurre en el ámbito cerrado.” (Borrero, 1991: 190).

con mejores infraestructuras sanitarias, habitacionales y recreativas. Es decir, esto da cuenta de la diferencia de los servicios y recursos que tiene dispuesto el Estado local para militares y civiles, lo cual genera disparidades en el acceso a derechos básicos como la salud, la vivienda y la recreación.

Ahora bien, estar frente a las instalaciones militares, de cara al cerco, la barricada, la malla o el muro es experimentar una sensación distinta de vigilancia y amenaza que no se vive en las otras partes de los dos pueblos; en los muros hay garitas y centinelas, detrás de los cercos campos minados, sobre las mallas cámaras de seguridad y en las entradas protocolos de ingreso. Sabiendo esto, las tres veces que entré a la Base Naval me abstuve de lanzar “miradas obscenas” sobre sus instalaciones y su personal; estaba convencido de que si mis ojos se detenían con interés en alguna estructura física o militar, me convertía en objeto de sospecha.

La segunda y la tercera vez que entré a la Base Naval lo hice “acompañado” de un militar distinto a Don Teodoro, que fue con quien entré por primera vez durante mi trabajo de campo; la segunda vez el suboficial que se encontraba de *comandante de guardia* en la entrada me asignó un infante de Marina como *numero de guardia*¹⁶, mientras que la tercera, la Teniente Mora designó un subalterno suyo para que hiciera esa tarea. Además de administrar una mirada desapasionada, al lado del militar tuve que aprender a qué ritmo y en qué lugar caminar. El infante de Marina me hizo entender con un par de miradas y una orden que debía caminar delante de él o al lado opuesto de su fusil y, si no exagero, a un metro de distancia.

En mi segundo ingreso a la Base Naval, la teniente de fragata Mora no pareció convencida cuando le dije mis “credenciales académicas”. Creo que debí parecerle un niño que intentaba hablar de cosas de adultos, debido a mi cara flaca y lampiña que siempre me había hecho aparentar menos edad de la que tengo. Yo proseguí a mostrarle mi carnet estudiantil y a explicarle el motivo de mi presencia, entonces ella desplegó una sonrisa de “atención al cliente”, la cual sostuvo durante el tiempo que duró la conversación. Cuando “acordamos” que los únicos documentos a los cuales yo iba a poder acceder en esa dependencia eran a los álbumes fotográficos y ella ya había abierto

¹⁶ De administrar las entradas y las salidas de las unidades militares como los batallones y las bases son responsables suboficiales denominados *comandantes de guardia*. A su cargo están pelotones de jóvenes que están prestando el servicio militar obligatorio; infantes de Marina en el caso de la Armada y de soldados en el caso del Ejército. Estos soldados e infantes se les denomina *número de guardia* porque tiene asignado un turno para “escortar” a las personas que visitan las unidades militares.

la gaveta donde se encontraban, mi obscena mirada sobre ellos “provocó” su desconfianza. En ese momento ella me puso una condición para acceder a los álbumes; yo debía conseguir del comandante de la Fuerza Naval del Sur la autorización para revisarlos.

En ese momento entendí la importancia de una mirada opaca y desapasionada en el campo, aquella que “no muestra el hambre” ante los documentos y los relatos que busca o desea. La teniente Mora tal vez había pensado que me estaba entregando un vejestorio, pero cuando vio mi mirada lasciva ante los álbumes, descubrió (o más bien interpretó) que lo que me estaba entregando eran “objetos preciosos”. Sin embargo, para salvar su palabra pactada, lo único que podía hacer era crear nuevas condiciones de acceso a esos documentos.

En mi tercer ingreso y con la autorización del despacho del comandante, Mora designó a un suboficial para que supervisara mi trabajo de revisión de los álbumes. Intentando dar mejor cumplimiento a las órdenes de ella, el suboficial empezó a mostrarme los álbumes e intentó fotografiarlos por mí. Ante la ineficacia de este ejercicio, con una mirada fulminante, le hice saber que lo más conveniente era que yo ocupara su lugar. Fue una acción compulsiva e imprudente que tuvo resultados satisfactorios, quizás porque él estaba “acostumbrado” a un lenguaje imperativo de miradas que censuran y des-autorizan, aquellas que sus comandantes utilizaban con él y él usaba con la tropa.

Mi encuentro con los policías fue distinto. En un principio no los busqué por dos motivos. El primero tiene que ver con que, comparados con los militares del Ejército y la Armada, no representan mucho personal ni mucha burocracia estatal en el municipio. El segundo es que no veía la forma de plantearles mi proyecto de investigación, a pesar de que tengo un hermano que es patrullero (suboficial) en la costa norte colombiana. Las relaciones que en otros tiempos mi familia y yo habíamos sostenido con ellos se habían congelado cuando diez años atrás mi madre había decidido cerrar su restaurante y su inquilinato en La Tagua. Desde ese momento los policías pasaron de ser comensales, inquilinos y amigos de mi familia, para hacer parte de esa nebulosa población armada presente en el pueblo.

Con los policías, más que con los militares del Ejército y la Armada, tuve que certificar que era alguien de confianza debido a las circunstancias en las cuales interactué con ellos. El 29 de febrero, haciendo caso omiso de mi conocimiento sobre la

prohibición de tomarle fotos a las instalaciones estatales y sobretodo militares y policiales en Colombia, fotografíe desde lejos la Subestación de Policía de La Tagua. Los patrulleros que se dieron cuenta se acercaron a mí para reclamarme y conducirme ante sus comandantes. Entendiendo mi infracción y mientras caminaba en medio de ellos, mi espalda y mi cabeza se helaron del miedo; me aterraban las posibles alianzas que los policías me iban a imputar una vez que revisaran los contenidos de mi memoria USB, mi grabadora y mi libreta, las cuales cargaba en mi mochila. Ya no podría sostener con facilidad que estaba interesado en una “historia social del municipio”, si la mayoría de mis archivos y notas estaban referidos a las Fuerzas Armadas en el municipio, el departamento y el país.

Cuando estuvimos frente al subintendente, los dos patrulleros y yo alegamos los motivos de mis fotos y los contenidos de los audios en mi grabadora. Con un tono de voz altanero y los párpados estirados, uno de ellos enfatizó el hecho de que yo les preguntara a mis entrevistados por la presencia de la guerrilla del M-19 en la década de los ochenta en el municipio. Con un gesto calmado y seguro, el comandante me pidió que lo siguiera. No sabía qué vendría luego, no quise predisponerme más de lo que ya estaba. Frente a mí y más cerca al río, el Subintendente Herrera me vio con una mirada paternal y, a manera de confesión, empezó un relato. Me dijo que él había pasado por situaciones similares a la que yo estaba pasando ahora. Que sabía que yo sentía miedo.

Por mi parte más bien estaba desconcertado. Pensaba en que esta confesión era una forma sutil de hacer que yo confesara lo que ellos querían: mi presunta “militancia terrorista”. Su relato continuó. En un tono que pretendía ser cómplice me confesó que, además de policía, era historiador. Seguido a esto dijo que hasta hace poco le había tocado “andar de pelo largo” en la universidad para pasar desapercibido mientras hacía inteligencia y que ahora estaba en esta estación por cuenta de un castigo que le había impuesto uno de sus antiguos comandantes, con quien había tenido un problema.

En ese momento entendí a qué se refería cuando hablaba del miedo que yo sentía. Pero mi ceño volvió a fruncirse cuando caí en cuenta que el relato de Herrera era un gesto de solidaridad conmigo que se basaba en la presunta clandestinidad que compartíamos: él en sus misiones de inteligencia como policía infiltrado en universidades y yo como supuesto miliciano o integrante de un grupo guerrillero. Tal vez habiendo notado mi gesto de molestia y desconfianza, Herrera quiso explicarse mejor. Por eso cambió el referente de identidad entre los dos para sustentar de manera

más convincente su presunta solidaridad conmigo. Entonces me dijo que a diferencia de él y yo, los patrulleros nunca llegarían a entender el significado de una investigación como la que yo estaba haciendo, debido a “sus bajos niveles educativos”, pues para ellos yo sólo representaba al “enemigo”. Siendo genuina o no su solidaridad, yo confié en ella y proseguí a contarle “la verdad” de mi investigación. Sin embargo, él expresó su última objeción. Me dijo que si bien para él el contenido de los audios no representaban ningún peligro por la finalidad que tenían (mi investigación), no pasaba lo mismo con las fotografías donde aparecían las instalaciones de la Estación y que mi perfil profesional no ayudaba mucho, pues se sabían de muchos casos donde la guerrilla le pagaba los estudios universitarios a jóvenes de esta región para hacer carreras como sociología y antropología. Me libré de esta “alianza imputada” cuando le dije que tenía un hermano policía y sus subalternos comprobaron mi parentesco con empleados del BISEL 49. Al final acordamos un próximo encuentro para hacer una entrevista.

Las reacciones de los patrulleros y los comentarios del subintendente Herrera tienen sentido en el contexto colombiano y putumayense donde la militarización de la sociedad, como sostiene Blair, “[...] ha hecho de la lógica *amigo-enemigo* [el] referente obligatorio para pensar al *otro* [...]”, y donde “La razón de ser para el Ejército colombiano [léase Fuerzas Armadas], ha sido la confrontación con la guerrilla.”, la cual identifica como su enemigo principal (Blair, 1998: 146 y 189).

Antes de terminar mi relato sobre mi encuentro con los policías, quisiera reflexionar sobre lo que los Spillmann han denominado la *desindividualización del enemigo*. Según estos autores, cuando un grupo *percibe* a alguien como parte de un grupo enemigo, ese sujeto pierde sus características peculiares y sólo se entiende como parte integrante del grupo contendor (Spillmann, citados en Blair, Op. Cit.). En ese sentido, los policías me desagregaron simbólicamente de cualquier grupo guerrillero cuando el mismo par de patrulleros que me habían detenido fueron enviados por Herrera para corroborar mi identidad con “la comunidad” (para ver si yo era familiar de quien decía ser y si era “natural del pueblo”); esto es, ante la duda que despertaba mi identidad fui *individualizado*, como me lo dijo explícitamente el patrullero que *estaba de guardia* ese día.

Ahora bien, para que yo (en tanto sujeto *individualizado*) empezara a ser objeto de confianza, tuve que demostrar que no sólo era ajeno a los intereses del “enemigo”, sino que también tenía el deseo de formar parte de la presunta “comunidad moral” a la

cual pertenecían los policías. Para ello era necesario portar y comportar un cuerpo no enemigo o en palabras de Durkheim, tener un *consenso corporal* con los policías¹⁷. Además de un corte de pelo, unas ropas y unos zapatos adecuados (es decir, de unas formas de *portar* mi cuerpo), dicho consenso demandaba formas particulares de *comportar* mi cuerpo. Necesitaba detener los síntomas de mi miedo. Necesitaba “calentar” mi espalda y mi cabeza y detener con ello el frío que prometía regarse por mi boca y mi cara, obligándome gaguear o estar en silencio en los momentos que debía responder las preguntas inquisidoras de los patrulleros y el subintendente. De igual manera debía controlar mi respiración para que no pareciera exaltada y fuera interpretada como sospechosa.¹⁸

La conclusión que quiero dar a esta ponencia no puede ser sino parcial, pues quedan aún muchos asuntos sin resolver. La historicidad de mi experiencia corporal ha influido de manera importante en las formas que he portado y comportado mi cuerpo frente a los militares y los policías para certificar una identidad legítima de civil e investigador social. La misma que me ha permitido o restringido el acceso a documentos y relatos de y sobre las Fuerzas Militares. Sin embargo quiero señalar que por más que uno reivindique la imparcialidad de la identidad de investigador social, en un campo con militares y policías no puede dejar de experimentar la sensación de estar apostándole a una identidad liminal. Aquella que, aunque tenga fines propios de una pesquisa científica, plantea demandas similares a las de la inteligencia militar como son administrar el cuerpo y la información personal de una manera cuidadosa para no generar sospechas. De esto se deriva un dilema ético importante donde se enfrentan la “[...] honestidad intelectual y moral, de una parte, y la tentación de la mentira para responder a las expectativas de los otros, de otra.” (Massicard, citado por Osorio, 2006: 42). En un *campo con militares y policías*, en pleno conflicto armado interno, no siempre se puede ser “transparente” con los sujetos de estudio; la polarización política en la cual muchos de ellos enmarcan sus percepciones y juicios no genera las

¹⁷ “Para ser miembro moral de una comunidad se necesita, según Durkheim, tener un consenso corporal (como opuesto al ‘consenso lógico’) [...]” (Lande, 2007:100). Traducción propia.

¹⁸ A partir de su trabajo de campo en un curso de entrenamiento militar, Lande sostiene que la respiración de un soldado es una actividad física moralizada y criticada porque es significada culturalmente. En este sentido, aprender e incorporar las maneras adecuadas para *respirar como un soldado* resultan urgentes para quienes quieren continuar dentro de las filas (Lande, 2007: 100).

condiciones necesarias para negociar formas de portar y comportar cuerpos y discursos distintos a los permitidos en la confrontación.

Bibliografía

Appadurai, Arjun. How Moral Is South Asia's Economy – A Review Article, *Journal of Asian Studies*, Vol. 43: 3, pg 481-497, May 1984.

Blair, Elsa (1998). *Conflicto armado y militares en Colombia. Cultos, símbolos e imaginarios*. Cinep-Universidad de Antioquia. Medellín.

Bohstedt, John. The Moral Economy and the Discipline of Historical Context, *Journal of Social History*, Vol. 26: 2, pg 265-84, Winter 1992.

Booth, William James. A Note on the Idea of the Moral Economy, *American Political Science Review*, Vol. 87: 4, December 1993.

Borrero, Armando (1991). "Militares, política y sociedad." En: *Al filo del caos. Crisis política en la Colombia de los años ochenta*. Francisco Leal Buitrago y León Zamosc (Edit.). Tercer Mundo Editores-IEPRI. Bogotá.

Bourdieu, Pierre (2002). *Campo de poder, campo intelectual. Itinerario de un concepto*. Montessor. Buenos Aires.

Brocheux, Pierre. Moral Economy or Political Economy? The Peasants Are Always Rational, *Journal of Asian Studies*, Vol. 42: 4, pg 791-803, August 1983.

Clay Arnold, Thomas. Rethinking Moral Economy, *American Political Science Review*, Vol. 95: 1, pg 85-95, March 2011.

Figuroa José Antonio Realismo mágico, vallenato y violencia política en el Caribe Colombiano, ICANH, Bogotá, 2009.

Foucault, Michel (1999). *El orden del discurso*. Tusquets Editores. Barcelona. Tercera edición. Barcelona.

Grupo de Memoria Histórica-CNRR (2009). *La masacre de El Salado. Esa guerra no era nuestra. Segundo gran informe del Grupo de Memoria Histórica de la Comisión Nacional de Reparación y Reconciliación*. Taurus-Fundación Semana. Bogotá.

Lande, Brian (2007). "Breathing like a soldier: cultura incarnate." En: *Embodying sociology: retrospect, progress and prospects*. Chris Shilling (Edit.). Blackwell Publishing.

Osorio, Flor Edilma (2006) "Dime con quién andas y te diré de qué lado estás. Relaciones, alianzas e investigación social en contextos de guerra." En: *Investigación y Desplazamiento Forzado*. Martha Bello (Edit.). REDIF-Colciencias. Bogotá.

Scott, James (2000). *Los dominados y el arte de la resistencia. Discursos ocultos*. México. Ediciones Era.

Thompson, Edward (1979). "La economía 'moral' de la multitud en la Inglaterra del siglo XVIII." En: *Tradición, revuelta y consciencia de clase. Estudios sobre la crisis de la sociedad preindustrial*. Grijalbo. Barcelona. Págs. 62-134.